

DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS



2026

Catholic Biblical Federation

***QUE LA PALABRA DE CRISTO HABITE
ENTRE VOSOTROS
(Col 3,16)***

**HACIA LA VII
«DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS»**

***25 de enero de 2026 - Conferencia en línea
(Moderador: Ernesto Borghi, Svizzera Italiana)***

***QUE LA PALABRA DE CRISTO HABITE
ENTRE VOSOTROS
(Col 3,16)***

La séptima edición del «Domingo de la Palabra de Dios» (25.1.2026) quiere ayudar a todas las personas interesadas en palabras que hagan vivir en plena humanidad a dar un espacio cada vez mayor a la Palabra de Dios en su vida. En este encuentro propondremos algunas reflexiones, que parten de dos pasajes que hablan, de manera diferente, del poder y el valor de esta Palabra en la vida cotidiana de cada uno, desde la antigüedad hasta nuestros días.

INDICE

Introducción.....	5
--------------------------	----------

Ernesto Borghi

*Coordinador de la Subregión CBF Europa Meridional y Occidental
biblista (Svizzera Italiana)*

Presentación de las intervenciones	6
---	----------

Para una palabra de sabiduría.....	7
---	----------

(Sab 18,14-16)

Adrian Graffy

Pontificia Comisión Bíblica - Reino Unido

Para una Palabra de vida	10
---------------------------------------	-----------

(Col 3,5-17)

Adrián Taranzano

Universidad Católica de Valencia - España

El uso pastoral de la Palabra	15
--	-----------

Nicoletta Gatti

Universidad Estatal de Ghana - Ghana

Biografías.....	21
------------------------	-----------

Introducción

Ernesto Borghi

En este séptimo Domingo de la Palabra de Dios titulado «*Que la Palabra de Cristo habite entre vosotros*», a partir de **Colosenses 3,16**, como **Federación Bíblica Católica** hemos pensado no considerar esto solo como una invitación apasionada del autor de esta carta del Nuevo Testamento, sino ante todo como una responsabilidad que puede asumir en primer lugar toda persona que piense y diga ser creyente en el Dios de Jesucristo.

¿Cómo es posible hacer entrar la Palabra de Cristo, es decir, el amor fraternal más concreto y cotidiano, en nuestra vida y en la de los demás?

Si repasamos toda la revelación bíblica, en particular en esta fase de la historia humana en la que parece que la injusticia y el egoísmo son condiciones cada vez más extendidas, nos encontramos ante lo que es una llamada constante: amar a Dios es una elección efectiva basada en cuánto se desea realmente el bien propio junto con el de los demás. Sin forzamientos ni obligaciones, pero también preguntándonos constantemente qué sentido puede tener la vida cotidiana sin una práctica de amor libre y abierto, inteligente y apasionado.

La Palabra de Dios es, en última y culminante instancia, Jesucristo, es decir, la presencia del amor en la existencia de todos aquellos que se abren a esta lógica de vida. Se trata de una Palabra sabia y vitalizante, sobre la que hay que reflexionar cada vez mejor y cada vez más día a día. En esta perspectiva, hemos pedido a tres colegas y amigos, procedentes de tres continentes diferentes -**Adrian Graffy de Europa, Adrian Taranzano de Sudamérica y Nicoletta Gatti prácticamente de África**- que nos propusieran algunas reflexiones sobre dos textos bíblicos muy elocuentes sobre el tema -**Sabiduría 18,14-16 y Colosenses 3,5-17**- y sobre las formas de hacer entrar eficazmente la Palabra de Dios en la vida de cualquier persona. *Nuestra Federación Bíblica Católica* existe y tiene sentido si logra colaborar en un objetivo que es esencial para la propia acción y existencia de la Iglesia de Jesucristo: hacer que la Palabra de Dios contenida en las Escrituras bíblicas sea un punto de referencia cada vez más importante para la vida del mayor número posible de personas en el mundo. **La Federación Bíblica Católica** tiene un alcance mundial, sus recursos económicos son ciertamente más limitados de lo que sería útil y necesario, pero su trabajo desde hace varias décadas es tanto más significativo cuanto más es fruto de la interacción cordial y creativa de tantas personas de diferentes nacionalidades, lenguas y culturas.

Cada uno de los tres colegas hablará en su lengua materna y el texto de su intervención está disponible, como ha hecho la Federación en las cinco iniciativas anteriores para «**El Domingo de la Palabra de Dios**», desde 2020 hasta hoy, en otras tres lenguas.

Presentación de las intervenciones

Damos primero la palabra a **Adrian Graffy**, nacido en Ilford (Inglaterra) en 1950, ordenado sacerdote para la diócesis de Brentwood en 1974. Es director del sitio web **www.whatgoodnews.org**. Desde 2014 es miembro de la Pontificia Comisión Bíblica. Su intervención se titula «FOR A WORD OF WISDOM (Sabiduría 18,14-16)».

El segundo ponente de nuestro encuentro es **Adrian Taranzano**, nacido en Balnearia (Argentina) en 1974, casado y padre de un hijo. Actualmente enseña exégesis en el ISCR de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Valencia y es colaborador científico de la Facultad de Teología de la Ludwig-Maximilian-Universität de Múnich. El título de su intervención es «Por una palabra de vida (Colosenses 3,5-17)».

Cierra la serie de ponentes **Nicoletta Gatti**, nacida en Rovereto (Italia) en 1961, y lleva treinta años viviendo en África. Actualmente reside en Ghana, donde se dedica a la docencia universitaria en los campos de la hermenéutica africana y la teología bíblica (Departamento de Estudios Religiosos, Universidad de Ghana, Legon).

El título de su intervención es «Por un uso pastoral de la Palabra». Contexto cultural ghanés.

Para una Palabra de Sabiduría (Sab 18,14-16)

Adrian Graffy

«Cuando el silencio pacífico lo envolvía todo y la noche había recorrido la mitad de su veloz curso, desde los cielos, desde el trono real, saltó tu Palabra todopoderosa como un guerrero severo al corazón de la tierra condenada. Llevando tu mandato inequívoco como una espada afilada, se mantuvo firme y llenó el universo de muerte; aunque estaba sobre la tierra, tocaba el cielo» (18:14-16).

En este séptimo Domingo de la Palabra, reflexionamos a partir de un libro bíblico que se encuentra en la frontera entre la cultura judía y la cultura griega, y que es poco conocido en la Iglesia y en la sociedad: el libro de la Sabiduría. Dos versículos del libro de la Sabiduría (18:14-15a), la Sabiduría de Salomón, aparecen en la liturgia católica en los días posteriores a la Navidad, en particular como «antífona de entrada» para la misa del segundo domingo de Navidad.

Aunque *logos* y *dabar* no aparecen en Génesis 1, es importante recordar que el primer acto de Dios es hablar, pronunciar la Palabra. Génesis 1:1 proporciona el título «En el principio creó Dios el cielo y la tierra». Génesis 1:2 nos ofrece una descripción del caos anterior a la creación, con el «vacío informe», las «tinieblas» y el «viento poderoso». Solo en el versículo 3 Dios comienza a actuar, creando con el poder de su palabra. La Palabra libera la realidad del caos, trayendo luz y vida.

El poder de la palabra se celebra de nuevo en las últimas líneas del Segundo Isaías. Al igual que en Sabiduría 18, Isaías 55:10-11 habla de la llegada de la Palabra: «Como la lluvia y la nieve descenden (*yarad*) del cielo y no vuelven sin antes regar la tierra... así es la palabra que sale de mi boca (*ken yihyeh debari asher yetse mippi*)». Continúa: «No vuelve a mí sin cumplir su propósito y lograr lo que fue enviada a hacer».

El Libro de la Sabiduría, escrito probablemente en el siglo II o I a. C., fue compuesto en griego en Egipto y se atribuye a Salomón, recordado por su sabiduría y su colección de dichos sabios. [Su sabiduría «superaba la sabiduría de todos los hijos del Oriente y toda la sabiduría de Egipto». (1 Reyes 5:10) «Compuso tres mil proverbios» (v. 10), algunos de los cuales sin duda se incluyeron en el libro de Proverbios].

El contexto es la hostilidad y la persecución de los judíos de Alejandría por parte de los Ptolomeos, gobernantes de Egipto tras la caída del imperio de Alejandro Magno. El autor de Sabiduría, que se cree que era un judío de cultura helenística nacido y educado fuera de Palestina, se inspira en la figura legendaria de Salomón. Contrasta la sabiduría del judaísmo con

la violencia de los paganos. En el capítulo 9, el autor pone en el corazón y en los labios de Salomón una oración por la sabiduría: «Concédeme la sabiduría que comparte tu trono» (v. 4). El libro en su conjunto está escrito para los judíos perseguidos en Egipto y quizás tentados de abrazar las costumbres paganas.

La parte final del libro, capítulos 10 a 19, traza la presencia de la Sabiduría en la historia de Israel, desde el «primer hombre» (10:1). El texto se refiere de forma secreta a Noé, Jacob, José y Moisés, «el siervo del Señor» (10:16). Sus nombres no aparecen en el texto.

Un midrash sobre la historia del Éxodo, cuya relevancia para la situación contemporánea de los judíos en Alejandría es obvia, comienza en 10:15. Dice así: «La Sabiduría liberó a un pueblo santo, una raza sin culpa, de una nación de opresores». El relato de la historia se guía por el siguiente principio para comprender la acción de Dios: «Así, lo que había servido para castigar a sus enemigos se convirtió para ellos en un beneficio en sus tribulaciones» (11:5). A continuación, se presentan varias «antítesis», ejemplos de cómo funciona el principio de comprensión.

La primera antítesis (11:6-8) contrasta el agua convertida en sangre como la primera plaga contra Egipto en Éxodo 7 con el suministro de agua para el pueblo en el desierto en Éxodo 17:5-6. Las antítesis se ven interrumpidas por varias digresiones, entre las que se encuentra una meditación sobre la «moderación» y la «bondad» de Dios, ya que Dios es «amante de la vida» (*philopsychos*) (11:26). La soberanía de Dios lo hace «indulgente con todos» (12:16). Otra larga digresión sobre el culto a los ídolos alcanza su clímax con la sátira del leñador, que hace un ídolo con un trozo de madera sobrante de la fabricación de muebles (13:11-14).

Una antítesis posterior considera la plaga de la oscuridad infligida a Egipto y la contrasta con la columna de fuego que guiaba al pueblo en su camino (18:3-4).

A continuación se examina la última plaga, la muerte de los primogénitos de Egipto y la huida del pueblo. En 18:5, el autor recuerda el decreto de genocidio de los varones de Israel relatado en Éxodo 1, y el rescate del niño Moisés: «Como habían decidido matar a los niños de los santos, y de los expuestos solo se había salvado un niño, los castigaste llevándote a su horda de niños y destruyéndolos a todos en las aguas salvajes» (v. 5). La segunda mitad del versículo combina la décima plaga, la matanza de los primogénitos de Egipto, con el desastre del Mar Rojo.

A continuación, hay una elaboración poética de la noche de la Pascua. El pueblo espera «el rescate de los justos y la ruina del enemigo» (v. 7). El principio hermenéutico anunciado anteriormente vuelve a aplicarse aquí: el mismo medio por el que se salva al pueblo trae el desastre al enemigo. El mar Rojo es la vía de escape para el pueblo y una trampa para sus enemigos.

Algunos versículos se centran en el llanto del pueblo de Egipto que llora la muerte de sus primogénitos (v. 10). «Esclavos y amos», «plebeyos y reyes», sufrieron por igual (v. 11). No había suficientes vivos para enterrar a los muertos. Los seguidores de los ídolos deben ahora reconocer que «este pueblo es hijo de Dios» (*theou huion laon einai*) (v. 13).

Y así llegamos a 18:14-15: «Cuando el silencio pacífico lo envolvía todo, y la noche había recorrido la mitad de su rápido curso, desde los cielos, desde el trono real, saltó tu Palabra todopoderosa como un guerrero severo al corazón de la tierra condenada». La Palabra llega por

la noche, porque el Señor le había dicho al faraón: «A medianoche pasaré por Egipto» (Éxodo 11:4). El cumplimiento de estas palabras se produce en Éxodo 12:29: «A medianoche, el Señor mató a todos los primogénitos de la tierra de Egipto: desde el primogénito del faraón, que se sienta en su trono, hasta el primogénito del prisionero en el calabozo, y el primogénito de todo el ganado».

En Sabiduría 18:15, el Verbo (*logos*) se describe como «todopoderoso» (*ho pantodynamos sou logos*). Este Verbo poderoso «aunque está sobre la tierra, toca el cielo» (18:16). ¿Podemos relacionar esto con la poderosa palabra de Dios en Génesis 1 y con la eficaz palabra de Isaías 55? Esta Palabra es también un «guerrero» (*polemistes*), que trae la muerte a una tierra condenada. Este uso de *logos* en el libro de la Sabiduría debe ponerse en relación con el versículo anterior «tu Palabra, Señor, que lo cura todo» (*ho sos, kyrie, logos ho pantas iomenos*) en 16:12. Porque el Señor, como aclara el versículo siguiente, «tiene el poder de la vida y de la muerte» (*su gar zoes kai thanatou exousian echeis*) (16:13).

El capítulo final de la Sabiduría celebra de manera exuberante el cruce del mar (capítulo 19). Para los egipcios, este es el castigo final (v. 4), mientras que «toda la creación» se recrea para beneficiar a los que escapan (v. 6). «Eran como caballos en los pastos, saltaban como corderos, cantando tus alabanzas, Señor, su libertador (v. 9).

¿Qué debemos pensar de la «Palabra» tal y como se presenta en el libro de la Sabiduría? Tiene el poder de Dios para la muerte y para la vida.

La elección de 18:14-15a para la liturgia de Navidad puede haber sido motivada por el «silencio pacífico» de la noche. Los pastores «que velaban por la noche» (Lucas 2:8) se aterrizaron ante el «ángel del Señor» y «la gloria del Señor». Este primer anuncio del Evangelio (2, 10), recordado en la lectura del Evangelio de la Misa de Nochebuena, es una presentación positiva de la Palabra todopoderosa en Sabiduría 18, 15.

La actividad principal de la Palabra es «saltar» del trono real. Hechos utiliza el mismo verbo dinámico *hallomai* (aoristo *helato*) en referencia a dos cojos curados en 3:8 y 14:10. (Véase también Isaías 35:6 y los cojos saltando como ciervos). Esta Palabra, que trae la muerte a la tierra condenada, es también la Palabra de Dios capaz de traer la vida (16:13). El uso de este texto en Navidad se debe sin duda también a su «descenso» (*helato*). En esto se asemeja a Juan 1:14 y Colosenses 3:16, dos usos significativos de *logos* en referencia a Cristo. De Juan: «El Verbo (*ho logos*) se hizo carne y puso su tienda (*eskenosen*) entre nosotros». Y, de Pablo: «Que la palabra de Cristo (*ho logos tou Christou*) haga su morada (*enoikeito*) entre vosotros».

La Palabra, que en una noche visita la tierra en Sabiduría 18:15 para infligir castigo, en Cristo viene a vivir y permanecer entre nosotros como una presencia vivificante. Y lo que importa es que muchas palabras de la Biblia hebrea/Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento son capaces de dar vida, haciendo reflexionar a cualquiera sobre la necesidad de abrirse cada día al bien propio junto con el de los demás.

Para una Palabra de vida (Col 3,5-17)

Adrián Taranzano

Introducción: Una iniciativa en continuidad con el Concilio Vaticano II

La iniciativa del papa Francisco de dedicar un domingo del tiempo durante el año a la Palabra de Dios se puede comprender en continuidad con la preocupación del Concilio Vaticano II y con su esfuerzo, no sólo de acercar la Sagrada Escritura a los fieles, sino de hacer de ella el alma de la existencia creyente. Durante mucho tiempo, la Escritura fue la gran desconocida o la gran ignorada. Reducida a fuente de meros *dicta probantia* en la teología o sustituida en la vida espiritual por otra literatura religiosa, se perdía el contacto con el “manantial de aguas vivas”, sustituido por “cisternas agrietadas que el agua no contienen” (Jr 2,13).

Esta sugestiva imagen vinculada al agua del profeta Jeremías para referirse a la relación con el Dios vivo, no está lejos de la magnífica expresión de san Efrén, doctor de la Iglesia y “arpa de Dios”, que vincula la Escritura con aquella fuente capaz de vencer la sed y de “hidratar” toda la vida cristiana: “Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco” (SAN EFRÉN, *Sobre el Diatessaron* 1,19).

Lema para el año 2026

Este séptimo año de la celebración nos invita a reflexionar con una expresión significativa tomada de la tradición paulina y formulada en la Carta a la Iglesia de Colosas: “Ὁ λόγος τοῦ Χριστοῦ ἐνοικεῖτω ἐν ὑμῖν πλουσίως”, “La palabra del Cristo habite en vosotros de manera abundante” (Col 3,16). Pero leamos el contexto de esta exhortación de la carta:

Col 3

¹Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. ²Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. ³Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. ⁴Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos

con él. ⁵Por tanto, mortificad cuanto en vosotros es terreno: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría, ⁶ todo lo cual atrae la ira de Dios sobre los rebeldes, ⁷ y que también vosotros practicasteis en otro tiempo, cuando vivíais de ese modo. ⁸ Mas ahora, desechad también vosotros todo esto: cólera, ira, maldad, maledicencia y obscenidades, lejos de vuestra boca. ⁹ No os mintáis unos a otros, pues despojados del hombre viejo con sus obras, ¹⁰ os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, ¹¹ donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos. ¹² Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, ¹³ soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. ¹⁴ Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el broche de la perfección. ¹⁵ Y que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo. Y sed agradecidos. ¹⁶ La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantando a Dios, de corazón y agradecidos, salmos, himnos y cánticos inspirados. ¹⁷ Todo cuanto hagáis, de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.

Destinatarios de la Carta

La destinataria de estas palabras es una comunidad en el suroeste de la península de Anatolia, en la región de Frigia, ubicada a unos 200 km de Éfeso y cerca de Hierápolis y de Laodicea.¹ En ella había pueblos de diversas culturas y en la región se realizaban cultos orgiásticos. El sincretismo religioso era una realidad y una amenaza para los que habían acogido el evangelio. Dado que al final del siglo I la ciudad de Colosas ya no estaba poblada², se debe afirmar que la carta fue redactada en la segunda mitad de ese primer siglo.

Según Col 2,1 los colosenses no han conocido personalmente a Pablo, sino sólo a sus colaboradores. Sin embargo, el Pablo de la carta se entiende responsable de la fe de la comunidad y siente la urgencia de proponer el misterio divino en Cristo para disipar la amenaza de la “filosofía” (Col 2,8) ajena al evangelio, probablemente de algún grupo esotérico y sincretista judeocristiano y cercano a los cultos paganos de misterios.³

Ideas centrales

La cita se encuentra en el tercer capítulo de la división actual, en una sección caracterizada por su estilo parenético. Antes de exhortar a grupos de personas concretas (cf. Col 3,18-4,1), el autor lo hace de manera general (cf. Col 3,1-17).

1 Cf. A. PIÑERO, *Los Libros del Nuevo Testamento. Traducción y Comentario*, Madrid 2021, 1742-1743.

2 Cf. PIÑERO, *Los Libros*, 1743.

3 Cf. PIÑERO, *Los libros*, 1743. Cf. también M. THEOBALD, *Der Kolossarbrief*, en M. EBNER – S. SCHREIBER (Hrsg.), *Einleitung in das Neue Testament*, Stuttgart 2008, 431-445, 439-441.

No hay que olvidar que la paréntesis es consecuencia del don recibido. En el proemio, el autor ha desarrollado el fundamento cristocéntrico del misterio de la salvación (cf. Col 1,15-20)⁴ y ubicado su propio ministerio y misión en ese contexto (Col 1,24- 2,5).

¿Quién es Cristo para el autor? En Col 1,15-20 nos encontramos con uno de los himnos más bellos del Nuevo Testamento. Allí es descripto como la imagen del Dios invisible, el fundamento de creación entera y el artífice de la reconciliación.

Pero este himno, leído desde la exhortación que ha sido elegida como lema del Domingo de la Palabra de Dios, se puede decir que, para el texto dirigido a los creyentes de Colosas, Cristo no sólo es la imagen del Dios invisible (Col 1,15), sino también la voz y palabra del Dios inefable, pero que ahora se hace voz y palabra humana. Así como lo invisible de Dios se deja ver en los rasgos de Cristo, también su voz inefable se deja sentir en su voz humana. Cristo es a la vez la imagen del Dios invisible y la palabra, la voz humana del Dios que antes habló “desde el cielo” a Israel (cf. Dt 4,36-39), pero que ahora lo ha hecho “desde abajo”, cara a cara, en su Hijo.

Cristo es la palabra viva que se dirige incluso a aquellos que no vienen de la circuncisión. Cristo es la Palabra del Dios que no distingue entre judío y griego, entre varón o mujer, entre libre o esclavo. Se puede decir que para el autor de la carta Dios ha “circuncidado en Cristo” (cf. Col 2,11) a los gentiles,⁵ que por la fe y el bautismo ya están resucitados.

División de la sección

Podríamos decir que la primera parte del capítulo parenético presenta estos elementos:

- a) Una memoria del don: los creyentes han resucitado con Cristo (Col 3,1), han muerto con él y sus vidas están ocultas con Cristo en Dios (Col 3,3), hasta que se manifieste y haga partícipes de su gloria a los creyentes (Col 3,4).
- b) Exhortación, en segunda persona, a la muerte de los vicios: los creyentes deben hacer morir todos aquellos comportamientos los vicios que los habían caracterizado (Col 3,5-9), antes de haberse revestido del hombre nuevo (Col 3,10-11).
- c) Exhortación, en segunda persona, a revestirse de las actitudes propias del hombre nuevo: los reconciliados se caracterizan por actitudes que construyen la comunidad (Col 3,12-14) y que tienen su punto culminante en el amor (Col 3,14).
- d) Doble exhortación, en tercera persona, al imperio de la paz de Cristo, entendida como la vocación a la que han sido llamados, en un solo cuerpo (Col 3,15) y, en segundo lugar, a la inhabitación de la Palabra de Cristo (Col 3,16), en un contexto de enseñanza y de alabanza litúrgica.
- e) Exhortación final a orientar cristocéntricamente las propias palabras y obras, agradeciendo al Padre por medio de él (Col 3,17).

⁴ Para una presentación pormenorizada y técnica de la estructura de la carta, cf. THEOBALD, *Kolossarbrief*, 431-433.

⁵ Cf. THEOBALD, *Kolossarbrief*, 441.

En esta vida ya resucitada, la exhortación a vivir cristocéntricamente no es una imposición o mandamiento externo, sino el despliegue de lo recibido. La sección parenética comienza recordándolo y de allí enumera, en primer lugar, los vicios y conductas incompatibles con la nueva realidad del hombre nuevo. Pero la descripción no se agota en las conductas a evitar, sino que desemboca en aquellas a desplegar.

La condición propia de hombres nuevos que se despojaron del viejo exige, ante todo, que se revistan de entrañas de compasión (σπλάγχνα οἰκτιρμοῦ, Col 3,12). Las entrañas expresan la intimidad profunda del ser humano. Es una exhortación bella que está llena de consecuencias. No en vano el influyente teólogo alemán J. B. Metz ha afirmado que en la compasión tenemos el “programa universal del cristianismo”⁶. No es posible una mística, una existencia en el Espíritu, sin entrañas capaces de sentir y padecer con, en comunión con las fragilidades y angustias ajenas. Es importante destacar que la formulación de la carta es paralela a la que se encuentra en el cántico de Zacarías (σπλάγχνα ἐλέους, Lc 1,78) y que explica la intimidad misma de Dios. De las entrañas de misericordia de Dios brota su plan y visita salvíficos. En la carta, es la misma característica que los creyentes resucitados deben tener unos con otros.

El autor no ignora las relaciones conflictivas ni la fragilidad de los vínculos. Supone que existen las ofensas y las tensiones. Ante ellas, la magnanimidad y el perdón son el único camino. Por ello, el autor exhorta a perdonarse unos a otros, así como el Señor los ha perdonado. Es como un eco de la oración dominical (cf. Mt 6,12), pero mientras que en ella el fundamento era teocéntrico, aquí la exhortación se basa en el perdón recibido del Señor, el Cristo. Casi podríamos decir que él es también el primogénito de los que perdonan. Quienes viven en él no pueden quedar presos del resentimiento o del rencor.

La carta resume el camino descrito en la exhortación a revestirse del amor, de la ἀγάπη, considerado como el vínculo, el ligamento de la perfección (Col 3,14). El autor la describe con la misma expresión que ha usado antes cuando hablaba de la unión de la cabeza y el cuerpo que, por medio de junturas y ligamentos, alcanzan su cohesión. El pensamiento es análogo al que encontramos en relación con el “camino más excelente” que Pablo describe de manera elocuente en el himno al amor (cf. 1Co 12,31 – 13,13).

Sólo así el autor puede concluir deseando que tanto la paz y como la palabra de Cristo se arraiguen profundamente en cada uno de los creyentes. En relación con la expresión “palabra de Cristo”, es sugestivo el empleo del verbo ἐνοικέω, “habitar en”. La palabra de Cristo no es el oráculo inapelable desde arriba, que se escucha y al que sólo hay que obedecer, sino la voz que se acoge y que entra en diálogo y comunión, que se “instala” en la existencia mismo. Es un verbo que tiene una fuerte connotación física. En la traducción griega de la Biblia, es un verbo que aparece fundamentalmente en el libro del profeta Isaías para designar a los habitantes de un lugar como, por ejemplo, Jerusalén (cf. Is 22,21). El creyente es pues, habitado por la Palabra de Cristo.

Si el famoso himno joánico contempla al logos que se hizo carne y que puso su tienda entre las tiendas de los hombres (cf. Jn 1,14) y expresa su carácter temporal a través del verbo

6 J.-B. METZ, *Compassion. Zu einem Weltprogramm des Christentums im Zeitalter des Pluralismus der Religionen und Kulturen*, en ID. - L. KULD - A. WEISBROD (Hrsg.), *Compassion - Weltprogramm des Christentums. Soziale Verantwortung lernen*, Freiburg – Basel – Wien 2000, 9-18, 13.

σκηνώω, el texto deuteropaulino alude a una habitación y a una presencia de la palabra que podríamos definir como *permanentes*. La idea de poner la tienda lleva implícita la consecuencia de que, en algún momento, se deberá levantar otra vez. La tienda es transitoria, como la ha sido la existencia histórica del logos hecho carne. El sentido de habitar, en cambio, dice relación con la idea de una morada permanente. Todo ello se concreta no sólo en relación con la enseñanza y la instrucción, sino también con la alabanza litúrgica. La palabra se acoge, se aprende y se celebra. La palabra habita en la medida en que la alabanza se hace forma de la existencia.

El Pablo de la carta, sin embargo, no identifica esta situación con el *eschaton*, sino que contempla la humanamente abrumadora misión pendiente y, en este sentido, además de la exhortación a ser agradecidos, el apóstol implora que los creyentes oren para que se les abra “una puerta a la Palabra” (Col 4,3) y el misterio de Cristo pueda seguir siendo proclamado. Los creyentes habitados por la Palabra interceden para que esa Palabra de Cristo habite también en aquellos que no han recibido el Evangelio de Cristo.

En esta última invitación del Pablo encadenado de la carta podemos contemplar el imperativo misionero de toda la Iglesia. Ser habitados por la Palabra no se agota en el gozo del encuentro y de esa presencia, sino que supone el espíritu inquieto hasta que esa Palabra habite también en todos. La Palabra se acoge *para* transmitirla.

El uso pastoral de la Palabra

Nicoletta Gatti

Introducción: La Palabra, corazón de la pastoral

¿Cómo puede la palabra de Cristo habitar en nosotros y entre nosotros, en nuestras comunidades? Es importante reconocer que el camino de la Iglesia católica hacia una pastoral auténticamente bíblica ha conocido etapas fundamentales en los últimos sesenta años. Desde la *Dei Verbum* (DV - 1965) hasta la *Interpretazione della Bibbia nella Chiesa* (IB - 1993) y la *Verbum Domini* (VD - 2010), desde la *Evangelii Gaudium* (EG - 2013) hasta la institución del Domingo de la Palabra con la *Aperuit Illis* (AI - 2019) y del ministerio del catequista con la *Antiquum Ministerium* (AM - 2021), el Magisterio ha reiterado continuamente que el anuncio de la Iglesia — tanto *ad intra* en la pastoral como *ad extra* en la evangelización — debe basarse en la Sagrada Escritura.

«No sólo la homilía debe alimentarse de la Palabra de Dios. Toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios “sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial”» (EG 174).

Sin embargo, el hecho mismo de que este mensaje se repita continuamente indica que se trata de una meta aún lejana. En algunas realidades, el camino aún está en sus inicios: la pastoral bíblica se reduce a añadir algunos símbolos durante la liturgia del Domingo de la Palabra o a la producción de folletos para una semana dedicada a ella. En otras realidades, en cambio, esta conciencia ha generado iniciativas interesantes e innovadoras. Sin embargo, en todas partes, el desarrollo depende todavía demasiado de la sensibilidad del obispo o del presbítero de turno.

La pregunta que guía nuestra reflexión es, por tanto, la siguiente: ¿hasta qué punto es «bíblica» nuestra pastoral? Y, sobre todo: ¿cómo podemos redescubrir la relación vital con la Palabra de Dios que alimenta la fe y transforma la vida?

Encontrar la Palabra: un diálogo que transforma

La Iglesia siempre ha venerado las Sagradas Escrituras como lo ha hecho con el propio Cuerpo del Señor. Esta afirmación de la *Dei Verbum* nos recuerda que entre la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía existe un vínculo profundo e indisoluble. La oración a través

de la Palabra caracteriza la experiencia judeocristiana de Dios desde sus orígenes. No se trata de una inmersión mística en el abismo del universo, no es simplemente un encuentro con el Dios que vive en nosotros, sino algo más: es el encuentro con un Dios que habla, que sale del silencio, que se hace diálogo.

La historia humana, desde la perspectiva bíblica, puede describirse como el lugar en el que Dios sale de su aislamiento y su silencio para hablar con el hombre. La Sagrada Escritura da testimonio de todo ello, caracterizándose como un terreno de encuentro y, a veces, de enfrentamiento, el espacio en el que Dios mantiene un intenso diálogo con la humanidad. Un diálogo a veces difícil y conflictivo —pensemos en las lamentaciones de Job, en los salmos imprecatorios, en las protestas de los profetas—, pero siempre reinventado y buscado. Dios se revela como el *Otro*, como el *Tú* que al revelarse revela, el *Tú* de la relación.

La oración humana, al expresar el deseo de entrar en este espacio sagrado, de acoger a Dios y de caminar hacia Él, no puede prescindir de la Escritura. Cualquier otro camino, cualquier posible ilusión, nos aleja de Aquel que ya ha hablado: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras a los padres por medio de los profetas en los tiempos antiguos, en estos últimos días nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1,1-2).

El Hijo es la Palabra hecha carne, el Verbo que ha puesto su tienda entre nosotros. Rezar la Palabra significa, por tanto, entrar en este misterio de la encarnación: Dios que se hace cercano, que asume el lenguaje humano, que acepta los límites de la comunicación terrenal para alcanzarnos donde estamos.

Caminar con la Palabra: la Escritura como espacio de encuentro

«El Texto debe resistir. Solo quien sabe aceptar sus silencios podrá escuchar su voz» (Fusco). Esta afirmación expresa bien el significado del diálogo *con* la Palabra: un camino lento, a veces incluso fatigoso, a dos. Una relación interpersonal hecha de silencios y palabras, de escucha y espera, de cercanía y alteridad. Es el encuentro con Aquel que se «hizo» Palabra escrita porque desea ardientemente ser acogido, meditado, «consumido» por el lector orante.

Por eso, encontrarse con la Escritura requiere tiempo, paciencia, perseverancia. No es un ejercicio que produzca frutos inmediatos. Como escribió Gregorio Magno con una imagen que atraviesa los siglos, las palabras divinas crecen con quien las lee: *quia divina eloquia cum legente crescunt*⁷. La Palabra no es un texto muerto que hay que analizar, sino un interlocutor vivo que se revela progresivamente a quien lo frecuenta con fidelidad.

La Torá: diálogo de amor entre Dios y su pueblo

En la tradición judía, el término *Torá* no significa simplemente «ley». La raíz hebrea evoca la idea de apuntar a un objetivo, de lanzar una flecha hacia el centro, de indicar una dirección. También tiene consonancias con la raíz del término «concebir», y por lo tanto puede evocar la idea de una existencia filial, moldeada según el sueño original del Creador.

⁷ *Homiliae in Ezechielem*, I,VII,8 (CCL 142).

La *Torá* es el amor humilde de un Dios que acepta reducirse, «encogerse», asumiendo la debilidad del lenguaje humano para convertirse en diálogo. La Palabra de Dios que se revela puede compararse con aquellos que la han recibido, la han transmitido y la siguen transmitiendo, en la relación maestro-discípulo. La *Torá* es amor que genera amor.

Una antigua enseñanza rabínica afirma: «Da vueltas y vueltas a la *Torá*, porque todo está en ella. Aunque solo un hombre se siente a ocuparse de la *Torá*, la presencia divina está con él».

Esta tradición nos ofrece una imagen poética y profunda de la relación con las Escrituras. La *Torá* se compara con una mujer amada que se asoma por la ventana de su casa. El enamorado, loco de amor por ella, mira atentamente a través de la reja, buscando en todas direcciones. Ella sabe que su amado insiste en frecuentar esa reja. ¿Y qué hace? Abre un poco la puerta de su habitación remota, revela por un momento su rostro al amado y enseguida lo vuelve a ocultar. El enamorado la ve y se siente atraído interiormente hacia ella con el corazón, con el alma, con todo su ser.

Así es la relación con la Palabra: una búsqueda apasionada, un deseo que crece en la espera, una revelación que se desvela poco a poco a quien persevera en el amor.

Los Padres de la Iglesia: comer la Palabra

Los Padres de la Iglesia desarrollaron una profunda espiritualidad de la Palabra, utilizando a menudo el lenguaje eucarístico para describir el encuentro con la Escritura. San Jerónimo escribía:

Comemos la Carne y bebemos la Sangre de Cristo en la Eucaristía y, de la misma manera, en la lectura de las Escrituras. Considero el Evangelio como el Cuerpo de Cristo: por eso busco a Cristo en los libros sagrados. En la lectura de la Palabra consumo a Cristo, Palabra partida por todos⁸.

San Gregorio de Nacianceno retoma la misma imagen: «Cuando abro con fe los Evangelios, consumo al Cordero Pascual»⁹. Y aún más, de la tradición patristica nos llega esta invitación:

Cuando abres los Textos Sagrados, comienzas un camino a dos: tú y el Espíritu. Grita: ¡Señor, ven! Y entonces, por el poder del Espíritu, Cristo vendrá. Solo podemos leer la Palabra corazón a corazón con Jesús: quien se acerca a la Palabra se sienta a la mesa de la Última Cena¹⁰.

Estas imágenes —comer, consumir, nutrirse— nos dicen que la Palabra no es simplemente algo que hay que estudiar o comprender intelectualmente. La Palabra hay que asimilarla, hacerla propia, dejar que se convierta en parte de nosotros, como el alimento que comemos se convierte en nuestro cuerpo.

Orígenes desarrolla aún más esta espiritualidad con una imagen sugerente:

«Cuanto más leéis, más crecéis. La lectura hará de vuestra alma una nueva arca de la alianza, que conserva en sí misma la firmeza eterna del uno y del otro Testamento»¹¹.

8 *Commentarium in Ecclesiasten* III, 12-13 (PL 23, 1039A).

9 *Oratio I, On Easter*, III-IV (PG 35, 396-401).

10 Juan Crisostomo, *Homily*, 48 (PG 64, 462-466).

11 *Homilia in Genesim* IX,1 (PG 12, 210-211).

Vivir en la Palabra: Convertirse en Evangelio

Pero el camino no se detiene aquí. Después de haber encontrado *la* Palabra y haber caminado *con* ella, estamos llamados a vivir *en* la Palabra. ¿Qué significa esto? Significa permitir que la Palabra moldee nuestra humanidad, que nos transforme hasta convertirnos nosotros mismos en palabra viva de Dios para los demás.

Es la intuición de ser signo, presencia de Dios en el mundo, buena noticia, de una manera que solo Dios puede realizar. Por desgracia, rara vez experimentamos cómo la escucha y la meditación de las páginas bíblicas pueden convertirse realmente en «evangelio», es decir, en buena noticia capaz de liberarnos de toda idea irrealista, mezquina o triste sobre nosotros mismos y nuestro destino.

La Palabra pide encarnarse en nuestras palabras. Pide humildemente convertirse en un don mutuo entre nosotros. Las epistulas de San Pablo lo expresan con fuerza:

«Que la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza» (Col 3,16).

«La palabra del Señor resuena por medio de vosotros» (1 Ts 1,8).

«Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres» (2 Cor 3,2).

La humanidad de hoy, incluso en su aparente rechazo de Dios, incluso en su indiferencia religiosa, clama inconscientemente la necesidad de ver, tocar, contemplar una Palabra hecha cercanía, futuro, confianza, roca, consistencia. Como escribe Juan en su primera carta: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y que nuestras manos han tocado del Verbo de la vida... os lo anunciamos también a vosotros» (1 Jn 1,1-3).

La Palabra compartida nos capacita para vivir el ministerio profético. Ante las urgentes interpelaciones que provienen del mundo del trabajo, de las nuevas circunstancias en las que vive la familia, de la inquietante condición de los jóvenes, nuestras comunidades necesitan un entrenamiento constante en el confronto con la Palabra de Dios, para leer a su luz la concreta situación humana.

El grito del mundo es demasiado a menudo silenciado por muros amasados de indiferencia, capaces de transformar incluso los corazones en desierto. Nuestra misión, dondequiera que nos encontremos, es anunciar el «susurro» discreto del Señor que ya viene, ya obra, ya transforma. Como el brote que florece sin ser visto, así nuestro testimonio cotidiano hace florecer la esperanza. Somos enviados a ser «sembradores de esperanza» en un mundo aprisionado por la guerra, donde el estruendo de las armas parece sofocar todo diálogo. Mientras la violencia divide a los pueblos y el miedo cierra los corazones, juntos debemos dar testimonio de que otro mundo es posible: el mundo del Príncipe de la Paz que viene, es más, que ya está entre nosotros.

Como repiten las Escrituras, sabemos que el Señor vendrá, es más, viene a redimir nuestras fatigas, a transformar las espadas en arados, a hacer de nuestras heridas instrumentos de reconciliación. Viene como perdón que abre el futuro, como consuelo en el sufrimiento, como luz de resurrección que penetra en la oscuridad de la historia.

Permanecer en la Palabra nos transforma en prolongación de la humanidad de Cristo en el mundo. Por gracia, nos convertimos en esa Palabra que el mundo espera sin saberlo, ese susurro discreto que anuncia la paz posible.

Conclusión: Todo se cumple en ti

La *Dei Verbum*, en el número 2, describe lo que podemos llamar la «teología de la oración cristiana»: Dios se revela y da al hombre el sentido de la vida y de su historia, a la luz del plan salvífico divino. Dios se «rebaja», se «encoge» para entrar en diálogo con el hombre, y este diálogo se actualiza en la oración.

En el número 5, el mismo documento nos recuerda que la oración se produce en el abandono de la fe, hecho posible por el don del Espíritu que vive en nosotros. La oración se convierte así en el lugar de la personalización de la relación del creyente, el lugar en el que la nueva alianza se convierte en experiencia personal.

Y en el número 21 encontramos la afirmación de que en la lectura de la Escritura se produce el mismo contacto con el Cuerpo de Cristo que se nos da en la Eucaristía. La Palabra es la encarnación continuada del Verbo.

Orígenes concluía sus homilías con una exhortación que aún hoy resuena con toda su fuerza: «No creáis que estos acontecimientos se han cumplido en el pasado: todo se cumple en vosotros».

La Palabra de Dios no es un recuerdo del pasado. Es un acontecimiento presente, es una gracia que ocurre hoy, es una transformación que opera ahora en quienes la acogen con fe. Cada vez que abrimos la Escritura, la historia de la salvación se hace presente. Cada vez que meditamos un texto bíblico, Dios nos habla, hoy. Cada vez que dejamos que la Palabra moldee nuestra vida, nos convertimos nosotros mismos en anuncio vivo del Evangelio.

«Que la Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza»: no es solo un deseo, sino una vocación. La vocación de cada bautizado a convertirse en morada de la Palabra, para que la Palabra pueda llegar al mundo a través de nosotros.

Conclusiones y perspectivas para el futuro

Ernesto Borghi

Lo que hemos podido escuchar de las palabras de tres colegas con gran competencia técnica y pasión formativa nos ha hecho comprender, me parece, que no hay tiempo que perder. ¿Qué quiero decir? Que la relación con la Palabra de Dios contenida en las Escrituras bíblicas es un tesoro demasiado importante como para no ser el centro de la formación cristiana, a todas las edades y en todos los ámbitos eclesiales. Demasiadas veces se dedican energías y tiempo en exceso a iniciativas de formación claramente superadas por los retos espirituales y culturales propios de nuestra época. Hoy en día es necesario preguntarse qué aspectos de la formación y la educación religiosa tienen un valor limitado o carecen de él, y cómo se puede cambiar la realidad de manera eficaz. El doctrinarismo y el moralismo deben abandonarse por completo. Educar en el amor a uno mismo y a los demás a través de una lectura seria y existencial de los textos bíblicos es un imperativo verdaderamente categórico en nuestro tiempo. Tenemos posibilidades tecnológicas como en ninguna otra etapa histórica anterior. Se pueden imaginar sinergias incluso interconfesionales muy notables. Son condiciones que pueden permitir multiplicar las ocasiones de comparación entre las palabras bíblicas y la vida de hoy y de mañana. Todo depende, sin embargo, de cuánto nos tomemos en serio, es decir, de cuánto consideremos autoritario el discurso que muchos pasajes bíblicos proponen sobre la expresión de la justicia para todos y todas, más allá de cualquier forma de egoísmo e irresponsabilidad hacia los demás y hacia el medio ambiente.

Dejar que la Palabra de Dios de Jesucristo entre en nosotros no es una elección que nos tranquilice fácilmente. El autor de la carta a los Colosenses ha esbozado un cuadro ético que hace referencia a una existencia de gran intensidad relacional. Y quien busca una vida tranquila, donde creer significa aceptar sin pensar cualquier cosa que proponga esta o aquella autoridad religiosa o política, evidentemente no forma parte de aquellos que tienen la Palabra de Cristo en su interior.

Libertad de conciencia, búsqueda de los valores del espíritu, atención al desarrollo económico propio y ajeno: estos son algunos de los aspectos de una vida abierta a las palabras divinas contenidas en las Escrituras bíblicas. Pensemos en ello, en este séptimo Domingo de la Palabra, iniciativa impulsada por un obispo de Roma que ha hecho del cuidado del otro, sobre todo si es pobre e indefenso, uno de los rasgos distintivos de su ministerio.

Y son características que debemos tratar de compartir al máximo, si queremos intentar ser creyentes en el Dios de Jesucristo verdaderamente creíbles, tanto como individuos como comunidad eclesial.

¡Feliz Domingo de la Palabra 2026 a todos y todas!

Biografías

Ernesto Borghi

Nacido en Milán (Italia) en 1964, casado y padre de dos hijos, doctor en Teología (Uni-Friburgo) y licenciado en Sagrada Escritura (Pontificia Comisión Bíblica de Roma), profesor de Sagrada Escritura en el ISSR «Guardini» de Trento y en el PFTIM de Nápoles (sección Santo Tomás de Aquino), coordinador de la Subregión Sur y Oeste de Europa de la Federación Bíblica Católica y coordinador de la formación bíblica en la diócesis de Lugano (Suiza).

Adrian Graffy

Nacido en Ilford (Inglaterra) en 1950, fue ordenado sacerdote para la diócesis de Brentwood en 1974. Doctor en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico en 1983, fue profesor de Sagrada Escritura en el Seminario St John's de Womersley desde 1983 hasta 2005. Es director del sitio web www.whatgoodnews.org. Desde 2011 es párroco de Gidea Park y desde 2014 es miembro de la Pontificia Comisión Bíblica. Entre sus escritos más recientes se encuentran: *Reading the Bible Through Lent: All the Lenten scripture readings from the Catholic liturgy*, Darton, Longman and Todd, London 2023; “*Sono straniero nel paese*”. *La migrazione secondo la Bibbia*, in «Parola&parole» (29/2024), 13-26.

Adrian Taranzano

Nacido en Balnearia (Argentina) en 1974, comenzó sus estudios filosóficos, bíblicos y teológicos en Córdoba. Se licenció en exégesis bíblica en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma (Italia) y obtuvo el doctorado en teología en la Ludwig-Maximilian-Universität de Múnich (Alemania). Se graduó en ambas universidades europeas con la máxima calificación (Summa cum Laude) y en Alemania recibió el Promotionspreis de la Münchener Universitätsgesellschaft (Förderpreis 2015). Ha publicado varias obras científicas y divulgativas y ha impartido clases en diversas instituciones académicas. Actualmente enseña exégesis en el ISCR de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Valencia y es colaborador científico en la Facultad de Teología de la Ludwig-Maximilian-Universität de Múnich. Está casado y es padre de un hijo. Entre sus publicaciones: “*Ma voi, chi dite che io sia?*” (Mc 8,29). *Brevi Riflessioni Bibliche alla luce del Vangelo di Marco*, Create Space, USA

2012; *Los relatos del nacimiento de Jesús. Un Galileo singular*, Buenos Aires 2020; (con G. García Helder) *Misericordia: Abrazo entrañable a nuestra desnudez*, Córdoba 2022; *Dichos Oscuros de Jesús*, Lima 2023.

Nicoletta Gatti

Nacida en Rovereto (TN) en 1961, tras licenciarse en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico, enseñó Sagrada Escritura en Etiopía. En 2006 obtuvo el doctorado en Teología Bíblica en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma con una tesis titulada *Perché il piccolo diventi fratello. La pedagogia del dialogo nel cap. 18 di Matteo* (PUG, Roma 2008). Actualmente vive en Ghana, donde se dedica a la enseñanza universitaria en los campos de la hermenéutica africana y la teología bíblica (Departamento de Estudios Religiosos, Universidad de Ghana, Legon) y al diálogo interreligioso, con una labor formativa tanto académica como pastoral. Entre sus escritos en lengua italiana se encuentra la colaboración en los cinco volúmenes del proyecto internacional “Leggere i vangeli per la vita di tutti” (ABSI-Ediciones Terra Santa, 2017-2022), el ensayo *L'ingiustizia sociale e il lutto della terra (Isaia 24,4): lettura ecologica di testi profetici*, en «Parola&parole - monografie» 30 (2021), 25-35 y la curatela (con C. Matarazzo) del libro *Celebrare la fede Trasformare la vita*, Cittadella, Assisi (PG) 2024. Sus publicaciones en inglés tratan sobre la lectura intercultural de los textos bíblicos en el contexto cultural ghanés.

